

Gruesas columnas de infantería descendieron por la parte opuesta de las posiciones liberales, mientras que la artillería colocada en la cúspide de la vertiente occidental, lanzaba una gran cantidad de proyectiles: su empuje aparecía formidable, pues que, arma al brazo y á paso de carga, emprendieron el ataque, con el ánimo al parecer de pasar el río y asaltar el terreno ocupado por sus contrarios.

Estos esperaban serenos el choque: se había dado la orden de no disparar sino cuando el enemigo, habiendo pasado el río, estuviera á tiro de pistola; mas la impaciencia ó falta de disciplina de algún soldado, hizo fracasar tan oportuna combinación, en cuya virtud, roto el fuego en las filas liberales, antes del tiempo prefijado, el Jefe de los asaltantes tuvo ocasión de formar juicio exacto de lo inespugnable y bien defendido de aquellas excelentes posiciones, y mandó en el acto dar media vuelta, retrocediendo en desorden hacia el punto de partida, dejando en el campo algunos muertos, varios heridos y bastantes prisioneros.

Algunos de sus soldados que iban de vanguardia, se ahogaron al repasar el río; y como no se disponía de caballería, no pudo emprenderse la persecución que habría dado buenos resultados, coronando debidamente la obra del valor, del patriotismo y la perseverancia.

Los reaccionarios se retiraron precipitadamente, llegando ya de noche á Huauchinango, y al día siguiente emprendieron su marcha para Tulancingo: los vencedores reocuparon la población de donde habían salido pocos días antes, y á la que retornaban orgullosos ostentando el laurel de la victoria: los frutos de ésta, muy favorables para la buena causa, pronto se hicieron sentir, pues las fuerzas triunfadoras, reorganizadas convenientemente, y en actitud imponente ante un enemigo aterrorizado, comenzaron á ensanchar su esfera de acción, saliendo en considerable número para la ciudad de Zacatlán.

Esta población, cuyo vecindario honrado y liberal había tenido que sufrir por algún tiempo la dominación conservadora, vióse al fin libre de tan funesta plaga, y la noche del 1º de Septiembre abrió sus puertas, en medio de las demostraciones del más puro regocijo, á las huestes liberales, que la ocuparon definitivamente.

Una sección de tropas, en número de tres á cuatrocientos hombres

de infantería, con un cañón de pequeño calibre, hizo su solemne entrada, trayendo á su cabeza al Coronel Téllez Baquier, del que llevamos hecha mención, y como Jefes subalternos, mandando sus respectivas fuerzas, á los ciudadanos Rafael, Agustín y Francisco Cravioto, Manuel, Carlos y Fernando Andrade Párraga, de Huauchinango; Pedro González, de Tlacuilo; José de la Luz Ramírez, de Pahuatlán; Fernando Lechuga, Francisco Balderrábano y Manuel Cabrera, de Jicotepec; Manuel Herrero, Ramón Márquez Galindo, Mariano Domínguez, Antonio Galeote, y otros de menor importancia, de Zacatlán.

El Gobernador del Estado, Lic. Alatríste, con fecha 27 de Agosto, nombró Prefecto del Departamento al Coronel ciudadano Juan Nepomuceno Méndez, quien, desde poco después del memorable hecho de armas de Filipinas, se hallaba en Tetela organizando fuerzas y allegando recursos para continuar la lucha: llegó desde luego, al frente de una fracción de aquellas, al desempeño de su cargo, trayendo de Secretario de la Comandancia Militar al entonces subalterno, Juan Crisóstomo Bonilla, que más adelante y en virtud de importantes servicios, había de adquirir un justo renombre, y de Jefe de la expresada fuerza, al mayor Ignacio López; en cuya virtud, Zacatlán vino á ser el punto céntrico de las operaciones militares del rumbo, y el lugar de cita para la concentración y permanencia de tropas, provenientes de diversos rumbos.

El día 8 de Septiembre, en corroboración de lo que antecede, la guarnición de la plaza referida, salió en dirección al rumbo de Chignahuapan, á proteger el paso de la fuerza de caballería del famoso guerrillero Carbajal, D. Antonio, que por vez primera se presentaba en aquellos contornos, procedente del Estado de Tlaxcala, donde, debido á su valor y actividad, pudo poner en pie de guerra una corta sección de tropa con la que empezó desde luego una campaña tan audaz como admirable, en contra del poder reaccionario.

Mucho ha dado que decir la presencia de este Jefe en las filas constitucionalistas; y nosotros, antes de continuar el relato que tenemos emprendido, creemos conveniente consignar las reflexiones siguientes:

“Aquí debemos detenernos ante un hecho, dice el Sr. Vigil, harto frecuente por desgracia, en la historia de los disturbios civiles.

“Los partidos beligerantes, no teniendo á la mira más que el triunfo de sus respectivas causas políticas, previa la destrucción de sus enemigos, han sido poco escrupulosos en la elección de los medios, acogiendo bajo sus banderas partidas indisciplinadas, compuestas de foragidos sin ley ni freno que contuviese sus depravados instintos. Azote destructor de los pueblos, más que adversarios políticos, los servicios que pudieran prestar al partido de que se decían defensores, fueron siempre pagados muy caros, pues representaban la fortuna, la honra y la vida de multitud de víctimas sacrificadas á sus salvajes pasiones.

“Diráse tal vez que una necesidad ineludible ha obligado á los partidos á echar mano de semejantes recursos en las épocas de lucha armada, puesto que todos han obrado de la misma manera; será así, pero no es menos cierto que él ha sido germen fecundo de inmoralidad, cuya perniciosa influencia se ha hecho sentir cuando una de las facciones ha logrado constituirse en Gobierno.

“La obligación primordial de éste, sea cual fuere la norma á que ajuste sus actos, es asegurar sobre firmísima base las garantías naturales de que debe gozar el individuo en toda sociedad civilizada; pero como sigue al poder triunfante la atmósfera de desorden que respiró en los días de prueba; como se encuentra rodeado de una especie de aristocracia exigente y engreída con servicios que encarece fuera de todo límite; como se ve obligado, so pena de pasar por ingrato, á recompensar esos servicios, de ahí resulta un elemento perturbador que embaraza la marcha del gobernante mejor intencionado, pues mal pueden avenirse con el orden y la moralidad que exige una administración bien constituida, los hábitos contraídos en la guerrilla, donde no hay más ley que la fuerza, ni más árbitro que el capricho de la fortuna.”<sup>1</sup>

Los conceptos que anteceden, admirablemente descritos, y de una elocuente y rigurosa aplicación práctica, presentan una de las fases más notables de nuestras guerras intestinas; pero al deber de narradores imparciales que somos, incumbe el hacer una verídica aclaración.

En esas luchas, como dice muy bien el escritor aludido, han en-

<sup>1</sup> Vigil.—México á través de los siglos, tomo V, página 325.

trado en mucha parte elementos nocivos que envenenando las cuestiones, han retardado el triunfo de las buenas causas, han pervertido el espíritu público y hecho hasta odiosas las más bellas conquistas de la civilización.

La presencia de Carbajal en el campo de los constitucionalistas, produjo una escisión en sus filas: abundando en éstas los hombres honrados y de moralidad estricta, una protesta sorda al principio, y después una manifestación hostil, fueron el resultado de esa inconformidad que se hizo muy perceptible, por la desconfianza y el malestar que produjo en sus comienzos, y más tarde, por el desconcierto y la tibieza que observó en las operaciones de la guerra.

Hombres como Méndez, Márquez Galindo, Bonilla, Ramírez, Andrade Párraga, Dimas López, Juan Francisco, y otros de la misma índole, que poseían ideas de orden y probidad, en sumo grado, no podían presenciar impasibles la consumación de hechos odiosos y atentados criminales, invocando para ello la Constitución de 57; y siendo impotentes para reprimirlos con mano enérgica, se retiraron á sus hogares, altamente contrariados, antes que hacerse cómplices con su forzado silencio, de esos desmanes que constituían una mancha en la bandera de la libertad, que dejaban una huella sangrienta en la marcha asoladora de la guerra, y en la más completa impunidad á Carbajal, su principal corifeo.

Este individuo, valiente y astuto, aunque nada escrupuloso en materia de intereses y propiedades ajenas, era ya el terror de los reaccionarios del Estado de Tlaxcala, á quienes combatía siempre con un éxito brillante, lo mismo que á las tropas del llamado Gobierno de Zuloaga, las cuales, bajo la dirección de diversos Jefes y partiendo de distintas direcciones, trataron de batirlo y eliminarlo de la escena política, durante la tormentosa y sangrienta “Guerra de Reforma.”

Su permanencia obstinada en la ciudad de Tlaxcala, y su retirada cuando era necesario, al inmediato “CerroBlanco,” lo mismo que sus continuos asaltos á las Garitas de Puebla y entrada en los barrios más populosos de ésta, como “La Luz” y “El Alto,” después de actos de audacia y de valor que dejaban admirados á sus enemigos, dan la medida de su valentía y arrojo, que lo hicieron tan notable como temible.

Joven, de figura interesante y hasta simpática, era por intuición un guerrero terrible: dotado de un temple de alma superior y de una voluntad de hierro, y por lo tanto, incontrastable, supo imponerse y hasta cautivar á sus indómitos soldados, acometiendo y llevando á cabo atrevidas y sorprendentes empresas que causaron espanto y admiración.

Rodeado siempre de enemigos implacables que juraban y perseguían su exterminio, Carbajal, se hizo célebre, además, por su energía y espíritu organizador, y más que todo, por su serenidad y bizarría en los combates, que lo hicieron distinguirse durante su corta aunque azarosa vida.

Jamás sufrió una sorpresa ni mucho menos una derrota: sus retiradas que hacía con frecuencia en medio del enemigo y en una larga correría, eran un modelo de previsión y arte militar, pues siempre que las practicaba era bajo el mejor orden, en presencia del enemigo, y precedido de un gran convoy de municiones de boca y de guerra, que ministraba á sus tropas todo lo necesario, donde quiera que se encontraran.

Mucho tiempo se mantuvo en la Zona de Oriente, siendo el terror de sus contrarios; y cuando más tarde, teniendo á sus órdenes una fuerza respetable compuesta en su mayoría de todos los desechos sociales; pero también de todas las energías, trató de prestar sus servicios en mayor escala, á fin de hacerlos más fructíferos, abandonó la parte de la Nación en que había maniobrado y se lanzó al Interior de la República, hallándose en distintas acciones de guerra tan notables como la de Tepatitlán, el 1º de Noviembre de 1860, en que quedó derrotado el malhadado D. Leonardo Márquez, que acudía presuroso en auxilio de la ciudad de Guadalajara, rendida á la vez al Ejército constitucionalista después de un asalto memorable.

Precedido de cierta fama, éste era el Jefe que, como llevamos dicho, llegaba por primera vez á una de las poblaciones más importantes de la Sierra Norte del Estado de Puebla, con el objeto de prestar sus servicios en las filas liberales: su escasa tropa, que apenas contaría unos cien hombres, perfectamente montados y armados, era digna de quien la mandaba, pues compuesta de individuos atrevidos y resueltos, podíase intentar con ella las más atrevidas empresas como más adelante lo demostraron los hechos.

Conseguido el *paso* sin obstáculo alguno, pues el enemigo de Chignahuapan se abstuvo de toda demostración hostil, Carbajal entró en Zacatlán el referido día ocho, y allí permaneció algunos más: el 16 del mismo, en los momentos de estarse preparando las autoridades, el vecindario y la tropa, para celebrar el glorioso aniversario de la proclamación de la Independencia, el Sr. D. Ignacio López, hacendado del rumbo, é identificado con la causa liberal, llegó á toda prisa y dió parte de que por terrenos de Ayotla, ranchería que dista unas tres ó cuatro leguas de Zacatlán, pasaba en esos momentos una fuerza reaccionaria, procedente de Tulancingo, y con dirección al pueblo de Chignahuapan.

La autoridad militar conservadora, residente en el primero de aquellos lugares, y que había estado gobernando omnímodamente en el rumbo, comprendió aunque tarde, la importancia del triunfo de Necaxa, y la de las demás operaciones militares que se estaban verificando en su derredor, y que eran como su legítima consecuencia; en tal virtud, creyó oportuno reforzar la guarnición de Chignahuapan, poniéndola en alta fuerza á fin de contener el avance de los constitucionalistas que cada día se ensanchaban más, amenazando invadir y someter á las poblaciones comarcanas, incluyendo al mismo Tulancingo; por lo tanto, y en vista de las emergencias que pudieran surgir, se organizó una expedición cuyo mando se dió al Coronel Saravia, y ésta era la de que estamos tratando.

No había tiempo que perder, si se quería asegurar un resultado plausible, pues la fuerza de Chignahuapan, en regular número, se aproximaba por su rumbo, al teatro del combate, para favorecer el movimiento de unión con la de Tulancingo; por cuya razón las tropas desfilaron á paso veloz por las lomas del barrio de San Sebastián, en busca del enemigo al que encontraron á poco, pues la distancia que los separaba era corta: el combate se trabó en el acto, siendo demasiado reñido, pues la tropa reaccionaria, posesionada de las cercas de piedra que sirve de límite divisorio entre aquellas propiedades rurales, opuso una resistencia digna de mejor causa; mas al fin nada resistió á las terribles embestidas de los constitucionalistas que arrollaron á sus contrarios, después de tres horas de combate, con la particularidad de haber tenido que luchar la infantería contra la caballería en terreno llano, y viceversa.

El enemigo emprendió la fuga, dejando abandonados sus muertos y sus heridos: se le hizo un regular número de prisioneros, y se le quitó una pieza de montaña del calibre de á 12, trofeo éste de inapreciable valor, pues que, el único cañón que tenían los liberales, reventó durante la pelea, hiriendo gravemente á varios de los que lo servían, y que fueron, el capitán del arma, ciudadano Ignacio Villegas, el cabo Vicente Ferrer y cuatro ó cinco soldados.

La persecución se emprendió de una manera tenaz, recogiéndose ópimos frutos de ella, consistentes en armas, caballos, provisiones, y hasta el equipaje del jefe, quien huyó á escape con algunos de sus principales subordinados; y ya casi entrada la noche se acabó de levantar el campo, retornando á Zacatlán la fuerza triunfadora, al mando de sus Jefes Téllez Baquier y Méndez, y la cual fué recibida con música y repiques, mientras los enemigos, perfectamente escarmentados, se dispersaron por todos rumbos.

El fruto principal que se obtuvo de esta victoria, fué el abandono de la plaza de Chignahuapan, que hizo el enemigo, en medio del espanto y la precipitación: alejado de ahí, las comunicaciones quedaron expeditas y removido un tan grande obstáculo, cual era la presencia de un adversario activo y emprendedor, que se recomendaba por sus instintos salvajes de exterminio y de rapiña, bien abastecido de elementos de guerra, conocedor práctico del terreno y fanático decidido de la "Religión y fueros."

Los restos salvados de la catástrofe se refugiaron en Tulancingo, y la plaza de Chignahuapan fué ocupada por tropas procedentes de Zacatlán, que la conservaron con ligeras interrupciones hasta la terminación de la guerra.

## CAPITULO VIII.

Ataque y toma de Acatlán por fuerzas constitucionalistas.—Otros hechos de armas.—Fortificase la Plaza de Puebla.—Proclama del Gobernador Noriega.—Combate de "Dos Cerritos."—Idem de Ixtepec.—Idem de Tlacotepec.—Toma de la fortaleza de Perote.—Parte de Echeagaray.—Sangrientas ejecuciones.—Comentarios de la prensa reaccionaria.—Derrota de Amador en San Pablo Apetatitla.—Siguen los combates.—Llegada de Echeagaray á Puebla.—Su recepción.—Bañuelos en las Garitas de Puebla.—Proclama del General Díez de Bonilla.—El General Pérez, Gobernador y Comandante Militar del Departamento.—Felicitaciones que recibió.—Llegan fuerzas constitucionalistas hasta la Ladrillera de Azcárate.—Alarma en Puebla.—Salen fuerzas á perseguirlas.—Proclama del General Pérez.—Derrota de reaccionarios en Ixcaquistla.—Pronunciamento de Navidad, por Echeagaray.

Después del combate de la "Cuesta del Toro," y del de la Hacienda de Santa Inés, que dejamos descritos en el capítulo anterior, el Jefe constitucionalista Rodríguez, preparó la toma de Acatlán; pero antes, participó el resultado de las operaciones militares que llevaba efectuadas, al Gobernador Alatríste quien en contestación le dijo que, "no solamente aprobaba sus actos, sino que lo facultaba para que siguiera trabajando sin descanso en bien de la Patria, y para el efecto, lo nombraba Jefe Político de Tepeaca y Comandante Militar de esa línea que comprendía los distritos de Tecali, Tecamachalco, Acatlán y Matamoros.

Armado con esa investidura, se puso de acuerdo con D. Luis Mejía que mandaba en Huajuapán de León, y hacia mediados de Septiembre de ese año de 58, se emprendió formalmente la empresa de Acatlán, ocupando aquel Jefe el "Cerro del Tecolote," y Rodríguez el del "Coyol," ambos situados en los suburbios de la población.